

nia. No pienses más en amor hasta que no encuentres tu Don Quijote.

Loco o cuerdo Don Quijote es, en la literatura universal, un típico y perfecto enamorado. Sin amores trágicos, sin Julieta de quien ser Romeo, sin aspavientos de romanticismo, sin fatalismos de bohemia parisina, el Hidalgo manchego ama y ama hasta el infinito. A pesar de la sublimidad del amor de los personajes shakespearianos, Don Quijote es mucho más ecuaníme en su amor. Ama a la mujer de sus pensamientos, pero ama también a la Humanidad, a los desvalidos, a los débiles, al prójimo. No hay llanto que no atienda, ni queja que no escuche. El personaje cervantino es mucho más cristiano, no sólo porque no se suicida, sino porque practica la caridad, que es uno de los grados más elevados del amor.

En parte, de aquí arranca su locura, por lo menos para el pensamiento materialista. No ha habido santo, que amase heroicamente a su prójimo, que no fuese tomado por demente insano. Don Quijote no fué ningún santo, es cierto, pero amó fuertemente y de veras.

Y qué duda cabe que la grandeza de Don Quijote reside precisamente en su amor.

La Mancha, Argamasilla quizá, fué la cuna del Hidalgo. El Toboso fué la patria del ser amado por él. Tomelloso, dentro de la ruta o las rutas generales seguidas por Don Quijote, significa el camino hacia su amor. Y quién sabe si, en ese mismo camino, hubo un alto. En este caso, Tomelloso sería la antesala, el zaguán de la tierra de Dulcinea.

Para nosotros, este es el aspecto más interesante de Tomelloso en la ruta qui-jotesca. La proximidad con Argamasilla, la cercanía de las lagunas de Ruidera e incluso de la Cueva de Montesinos podían haber sido también puntos de meditación. Pero el sentimiento sutil y espiritual, elegante y admirable del amor es, a no dudarlo, el de mayor valor para la lírica manchega.

Podría objetárenos que, en la época del Quijote, Tomelloso apenas era cuatro casas y unos perfumados tomillares. Pero este hecho no resta importancia a que fuese un hito en el camino amoroso del inmortal caballero andante. Es más, la existencia de esos tomillares, como un oasis en medio de la llanura inmensa, pudo servir de inspiración amorosa al Hidalgo, puesto que el alma se ensancha y vibra mejor al contacto con la Naturaleza viva y real.

Si la égloga y la bucólica son dos expresiones líricas y, por lo mismo, subjetivas e impregnadas del amor de alma del poeta. Tomelloso, en aquel entonces, era la más apropiada musa para emular a Virgilio o a Garcilaso de la Vega. Prueba de ello es que, ante este panorama de tomillares, al conjuro de su suave olor, Don Quijote recordó al gran vate castellano y vió a su Dulcinea en una de las cuatro ninfas del Tajo. No le bastó al caballero andante el polemizar con su escudero en una dialéctica cortante y aguda, sino que dió rienda suelta a su inspiración de enamorado y poetizó la figura de su dama.

Pero es que, dentro de la Mancha, Tomelloso no sólo es un trozo maravilloso de dos infinitos, sino que es confidente del amor de Don Quijote.

Por los tomillares de esta tierra, camino de su amor, pasó un gran enamorado inmortal. No son ya exclusivamente los campos de Calatrava y Montiel los que fueron acariciados por las pisadas de la genial figura cervantina. Por eso, en el lema de este trabajo, hemos colocado, como mote y hasta casi como cartel de desafío, una frase para que se grave en el escudo que presentamos a estas justas o torneo de la p'uma.

«Por Calatrava y Montiel.  
¡Por Tomelloso también!».

**Carlos María San Martín.**

(1) Trabajo galardonado con mención honorífica en el Concurso celebrado en Tomelloso el 12 de septiembre del año 1944.